

## COMENTARIO BÍBLICO DE LA LITURGIA DE LA PALABRA

### DOMINGO III DE PASCUA

El **Evangelio** de hoy nos muestra cómo la experiencia de la Resurrección de Cristo no fue fácil para los discípulos.

Esto es lógico. La muerte nos resulta espontáneamente más familiar que la resurrección.

Aunque nadie haya tenido experiencia de la propia muerte, nos resulta habitual que se mueran seres cercanos. Los vemos muertos, los lloramos, los extrañamos; los recordamos vivos pero sabemos que ya no están. La muerte está en nuestro horizonte de vida.

Así pasó con los discípulos que habían convivido cerca de tres años con Jesús. Ellos lo vieron crucificado, supieron de su sepultura. Pero que luego se les presentara vivo era desconcertante. Estaban llenos de dudas y de miedos. A Jesús lo habían matado, ahora podían venir por ellos.

Podían admitir que se tratara de un fantasma. De un espíritu sin cuerpo. Pero eso no es un resucitado. Un espíritu no es un hombre.

En su aparición Jesucristo se ocupa bien de mostrar que nos es un puro espíritu.

Lo primero que hace es instalar un clima de paz. Pero no como un mero formalismo de saludo. La razón de la paz ofrecida para nosotros reside en que Dios nos ama y no afloja en su amor por los hombres (así lo cantaron los ángeles en Belén: *Gloria a Dios en los cielos y en la tierra paz a los hombres, que ama el Señor: en la tierra paz a los hombres porque los ama el Señor*).

A continuación muestra sus llagas para señalar la continuidad entre el Crucificado y el Resucitado. A partir de allí se comprende que en las llagas del cuerpo de Cristo está la curación para las plagas de nuestra alma, en sus vicios y pecados, y para las llagas de nuestro cuerpo, por la muerte que nos domina.

Cuando pide comer con los discípulos, sin necesitarlo por su condición de Resucitado glorioso, Jesucristo reinstala el clima de familiaridad que habían compartido en su vida terrena, para mostrar que su afecto y su cercanía no se acaban. Que Él permanece íntimo con nosotros siempre. Tan cercano y tan fraterno como cuando se sentó a la mesa con los discípulos o con los de Emaús.

En esa intimidad Jesús encomienda sus *discípulos* la misión de continuar su obra. Los transforma en *apóstoles* (enviados) a predicar:

la resurrección,

la penitencia de conversión

el perdón de los pecados

y la alegría.

Por ello la **oración colecta** de hoy pide para nosotros el don de la alegría y de la esperanza. La identidad cristiana no incluye la tristeza ni el desánimo, aún en la penitencia. Siempre está marcada por la alegría y la esperanza del triunfo de Cristo que se nos participa.

La predicación de Pedro, registrada en la **primera lectura**, hace la memoria de la injusta condena de Jesús pero no se queda allí; no la petrifica para enrostrarla permanentemente. Al contrario, ofrece el fruto de la muerte de Cristo:

- la liberación de la culpa en el perdón
- la vida de la gracia como comunión con Dios
- la certeza de la futura resurrección personal por participación de la de Cristo.

Desde estas seguridades podemos recibir el mensaje de Juan en la **segunda lectura**. La invitación a no pecar es a mantenernos en esa comunión, sin salirnos de ella. Pero la certeza de la fidelidad de Cristo nos asegura el alejamiento de la angustia por nuestra debilidad y por nuestras caídas: porque Él es nuestro abogado ante Dios Padre en los cielos.

No pecar significa vivir **en gracia**, significa vivir **en su Palabra** como criterio efectivo de discernimiento y de acción según el Espíritu.

Por ello, hagamos propia la oración colecta de hoy. Pidamos *la alegría y la esperanza* de una vida de gracia por el donde la comunión con Dios que no se aleja, que es siempre fiel.

P. Raúl Méndez